

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

26 DE MARZO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA

PASCUA TAURINA



Carillo Flo

Desde las Calatravas á la delantera de grada.

Ayuntamiento de Madrid

LA CABEZA Á COMPONER

Érase un hombre á quien le daba malísimos ratos su cabeza, hasta el extremo de hacerle la vida imposible. Tan pronto jaquecas nerviosas, en que no parecía sino que iba á estallar la caja del cráneo, como aturdimientos, mareos y zumbidos, cual si las olas del Océano se le hubiesen metido entre los parietales. Ya experimentaba la aguda sensación de un clavo que le barrenaba los sesos—y el clavo no era sino idea fija, terca y profunda,—ya notaba el rodar, ir y venir de bolitas de plomo que chocaban entre sí, haciendo retemblar la bóveda craneana—y las bolitas de plomo se reducían á dudas, cavilaciones y agitados pensamientos.

Otras veces, en aquella maldita cabeza sucedían cosas más desagradables aún. Poblábase toda ella de imágenes vivas yrientes ó melancólicas y terribles, y era cual si brotase en la masa cerebral un jardín de pintorreadas flores, ó como la serie de cuadros de un kaleidoscopio. Recuerdos de lo pasado y horizontes de lo venidero, *retornos* de felicidades que hacían llorar, y esperanzas de bienes que hacían sufrir; perspectivas y lontananzas azules y diamantinas, ó envueltas en brumas tenebrosas, se aparecían al dueño de la cabeza destornillada, quemándole la sangre y sometándole á una serie de emociones y sobresaltos que no le dejaban vivir, porque le traían fatigado y caviloso entre las reminiscencias del ayer y las probabilidades inciertas del mañana.

No se conformaba con esto la pícara cabeza, pues también había dado en la manía de consagrarse á la investigación de la verdad y de los orígenes de las cosas, y andaba vuelta tarumba con el problema del conocimiento, el sujeto y el objeto, la apariencia y la sustancia, el fenómeno y el número, y otras cuestiones baldías, que recalentaban al rojo blanco aquel pobre meollo, emperrado en dar vueltas, lo mismo que una devanadera, alrededor de enigmas que hasta la presente no se sabe que hayan encontrado solución satisfactoria. ¿Qué se entiende por libertad humana? ¿Qué es la conciencia? ¿Qué significa la palabra *querer*? ¿Qué la *cosa en sí*? ¿Qué papel desempeña ante la percepción exterior la voluntad? ¿En qué consiste un *hecho primordial metafísico*? Al profundizar tan áridos *qués*, la cabeza latía queriendo romperse, los sesos echaban humo á modo de cafetera donde hierve el agua, y la sustancia gris, ó lo que fuese, soltaba lumbres fosfóricas. El dueño de la cabeza enloquecía.

Nadie me negará que en casos semejantes urge ponerse en cura. Así lo decidí mi héroe, y se propuso consultar á todos los médicos de fama, hasta que alguno acertase á devolverle la tranquilidad y la salud.

El primer doctor á quien vió, levantando delicadamente el casquete del meollo, comprobó que todo el cerebro se encontraba en un estado de sobre excitación y actividad febril, y que en eso consistía el padecimiento. La cabeza vivía con exceso, funcionaba de sobra, y el doctor aplicando medicamentos emolientes, logró que sobreviniese por algunos días un estado de soñolencia y modorra que hizo al paciente muchísimo bien. No obstante, pareciéndole que el método de aquel doctor era sólo un paliativo, quiso recurrir á otros más radicales, que atacasen la enfermedad de frente.

Dirigióse, pues, á un célebre operador, que registrando los sesos al microscopio, declaró que había encontrado medio seguro de combatir el mal, y en un santiamén practicó la ablación de la potencia imaginativa ó fantasía. No más ensueños, no más poéticas figuraciones que unas veces se envolvían en grises tules de tristeza y otras revestían los radiantes colores del arco iris; no más palacios de jaspe y oro, no más monstruos y endriagos, no más pájaros azules, no más mariposas, no más nostalgias, no más quimeras... Y al apagarse los fuegos artificiales de la imaginación el enfermo se quedó al pronto sosegado y lleno de bienestar, como el que huyendo de la luz y del ruido se recoge á un aposento retirado, oscuro y silencioso.—Pero no tardó en notar que la cabeza continuaba descompuesta, por lo cual se dirigió á casa de otro doctor elogiado en todas las revistas científicas.

Lo mismo que su antecesor, practicó un registro en la sesera, manejó la lente, miró y remiró... y vino á decir que su colega la había errado de medio á medio, y que no eran la dorada fantasía ni la plástica y creadora imaginación lo que debía suprimirse para evitar tales daños, pues allí sólo estorbaba la razón ergotista y puntiaguda, atirantando todas las fibras de la masa encefálica y causando torsiones, dolores crueles. Sin encomendarse á Dios ni al diablo, sacando de su estuche instrumentos sutiles como pelos, practicó la extirpación de la razón y de la facultad discursiva, y el enfermo se encontró en la gloria, libre del impropio trabajo de raciocinar.

Lo malo fué que pasado algún tiempo remanecieron las molestias. Otra vez la cabeza en ebullición, y el dueño

desesperado. Ya, sólo le quedaba por visitar el gabinete de un médico, quizás el más ilustre de los cuatro, á la habilidad del cirujano reunía la inteligencia del pensador; y á él acudió llorando el de la cabeza desbaratada, pidiendo que de una vez le arreglasen aquella mala saboneta que no regía.

El doctor practicó su inevitable reconocimiento, y tuvo su meneo de cabeza, y fruncimiento de cejas, y desdeñosa sonrisilla, inevitables también. Desenvainando los no menos infalibles chirimboles de bruñido acero, exclamó que de poco servía haber eliminado la *imaginación* y la *razón*, en verdad funestísimas, si dejaban persistir sus huellas y la reminiscencia de sus funciones en la maldita *memoria*, causa de todas nuestras penas y berrinches. Y añadiendo que ahora sí que el enfermo de la cabeza iba á quedar descansado, le rebañó diestra y rápidamente la memoria,—lo único que le estorbaba.

Desde entonces, la cabeza fué una delicia. Ni volvió á doler, ni á calentarse, ni á perturbarse, ni á decir aquí me tienes: como que estaba hueca, vacía, limpia del todo. Al exenfermo le pusieron de mote *el idiota*; pero él, tendido al sol, respirando el aire puro, durmiendo á ratos, digiriendo, vegetando,—era feliz.

Emilia PARDO BAZÁN.

REVISTA LITERARIA

SUMARIO

Antología de los poetas hispano-americanos, tomo II.—*Nuevos cuentos*, por D.^a Emilia Pardo Bazán.—*Impresiones*, por Balart.—*Degeneración*, por Max Nordan.

Se ha publicado, hace varias semanas por cierto, el segundo tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos*, con que la Academia Española está rindiendo un tributo de admiración al ingenio ultramarino, y demostrando su cordial sentimiento de hermandad á los literatos del Nuevo Mundo que hablan nuestra lengua.

Este tomo segundo comprende la poesía de Cuba, Santo Domingo y Venezuela, y aun la de Puerto Rico, representada por dos firmas, no sé si acreditadas en aquella plaza.

No ha llegado la ocasión oportuna de juzgar en conjunto esta empresa, noble y política en el propósito, de la Academia Española; se trata de una obra, en cierto sentido, nacional, y en otro internacional, y no hay que dejar al temperamento *impulsivo* hacer de las suyas con críticas ligeras de que pudiera después arrepentirse.

Pero sin comprometer nada que importe al patriotismo y al supremo interés de mantener las más amistosas relaciones con los americanos que hablan español, se puede, desde luego, señalar ciertos inconvenientes de esta magna publicación que, repito, como propósito, en general, sólo puede merecer alabanzas.

Es muy sana y muy respetable la idea de juntar en unos cuantos volúmenes lo que se entiende ser la nata y flor de la inspiración lírica de los españoles de América, españoles todos en cuanto literatos; también, á primera vista, merece aplauso la ocurrencia de encargar el estudio de las fuentes, el análisis de las obras y la selección de las poesías, al más discreto, erudito, sabio, en suma, entre los académicos á quien la edad y el ánimo pueden consentir estos grandes esfuerzos.

Leyendo el prólogo, largo, pero todo jugoso y lleno de noticias curiosas y buena doctrina, del primer tomo de esta *Antología*, se me ocurrió muchas veces pensar: «¿Qué acertados anduvieron los académicos al encargar esta prolija, enojosa, pero delicada é importante tarea, á Menéndez y Pelayo?»

Y ahora, después de leer las poesías del primer tomo, y el prólogo y poesías del segundo, se me ocurre pensar otra cosa muy diferente; que acaso hubiera convenido que no fuera todo un Menéndez y Pelayo quien echara sobre sus hombros la tremenda carga de buscar, entre infinitos versos malos, algunos buenos, muchos medianos... y muchísimos malos también.

Para que el patriotismo americano no se sienta molesto, me apresuro á notar que si una Academia de por allá encargase á un Miguel A. Caro, por ejemplo, una antología de poetas españoles peninsulares de nuestro siglo, yo tendría que exponer lamentaciones análogas. Así como la mayor parte de los versificadores americanos no merecen que Menéndez y Pelayo los lea y estudie y expurgue, así nuestros versificadores de por acá, en su mayoría, no son dignos de que los lea, estudie y expurgue un Caro.

Y prosigo. El arte es largo, la vida corta, y da lástima que el autor de la *Historia de las ideas estéticas* tenga que emplear parte no insignificante de la vida en leer y aun estudiar versos anodinos, gárrulos, insignificantes, para poder escoger en la selva infinita de tanta rima, algo

bueno, y mucho malo para hacerlo pasar por mediano á los ojos del lector benévolo (y de propósito digo ojos y no oídos.)

Cuando se ve á Menéndez y Pelayo muy atareado con la lectura y análisis crítico de todas las obras de Lope de Vega, aunque se admire su laboriosidad y paciencia, ni se le tiene lástima, ni se lamenta que invierta en semejante trabajo tantas horas. Al fin, Lope es Lope: merece eso y más; pues si en nuestra literatura hay un nombre más grande que el suyo, acaso no haya dos.

Tampoco se puede decir que nuestro gran erudito pierda el tiempo cuando lo emplea en los mil y mil pormenores biográficos y bibliográficos á que piden que descienda sus hercúleos esfuerzos para restaurar la fama de la filosofía española y de toda nuestra ciencia, que la ignorancia moderna venía á negar, aun más que por ignorante, por desluchada. En esta empresa, á veces enojosa, pero necesaria, no podía sustituirle un erudito vulgar, un ratón de bibliotecas, pues de éstos hemos tenido muchos y no han sabido mostrar y demostrar lo que Marcelino.

Pero averiguar si un Perico de los Palotes, matancero, v. gr., escribió en *El Eco del Yumuri* ó en *El Faro de Guanabacoa*, ó si Virgilio Fernández fué juez de Puerto Príncipe y además escribió unas redondillas con pie quebrado, imitando á Zorrilla... esto, francamente, no es suficiente asunto para las fuerzas del primer crítico de España y uno de los primeros de Europa.

Además, como se ha mandado que la *Antología* sea abundante, hay que embarcar de todo, y aunque se ha prescindido de los vivos, todavía hay entre los versificadores muertos bastante malo en que escoger. Y no faltará quien crea que Menéndez y Pelayo *hace suyos* todos los disparates que se ve obligado á coleccionar, escogiendo entre dos males el menor, es decir, dejando fuera otros muchos versos más disparatados todavía. Es claro, y buen cuidado tiene él de advertirlo, que Menéndez no aprueba todo lo que publica, y entre líneas se ríe no pocas veces de los poetas que, por razones de *Estado*, tiene que incluir en la *Antología*; pero así y todo, parece, á la aprensión á lo menos, que bajo la bandera de escritor tan insigne, de tan buen gusto, adquieren cierta autoridad aquellos renglones insulsos, incorrectos, sin gracia, fuego, luz ni armonía...

Es más; no sé si en serio ó en broma, si por sugestión del entusiasmo oficial de su comisión, ó con las de Caín, el crítico alaba á veces mucho más de lo que fuera justo á ciertos autores que, pese á una fama jamás sancionada por una crítica de verdadera competencia, no merecen tales encomios, pues son imitadores de imitadores pseudo-clásicos elevados al cubo; no poetas, sino gente más ó menos versada en letras, que escriben versos de academia y de certamen, de *colegio*, *mosáicos* rítmicos, como los buenos estudiantes franceses, por ejemplo.

Por fortuna, á lo mejor puede más la naturaleza que los enojosos compromisos contraidos, y el autor de la *Epístola á Horacio* salta, como Zapaquilda la Bella en pos del ratón, tras los adefesios literarios, y aunque se trate del más pintado, declara noblemente que aquello es cosa detestable.

Voy á poner varios ejemplos, que se refieren, no á las medianías, sino á escritores de mucha fama, en parte merecida.

Entre los poetas cubanos, son de los más acreditados José M. Heredia, Valdés (Plácido), Milanes y Mendive. Pues sin regatearles las alabanzas que merecen, y aun excediéndose en ellas, á mi juicio, mucho, pero mucho, Menéndez y Pelayo, dice de ellos lo que sigue.

De Mendive: «Acaso no haya en la voluminosa colección de las *Poesías* de Mendive ninguna cosa de primer orden, ni de originalidad muy relevante...»

De Plácido dice que aspiraba «á remedar las bellezas de los grandes maestros, como lacayo que se viste con las ropas de su señor.»—Y antes: «Es cierto que la mayor parte de sus poesías, con excepción de las citadas (tres) y de otras cuatro ó cinco, son un farrago ilegible que, en honra de su autor, debiera quemarse...»

De Milanes escribe: «A este suave poeta que, con parecer tan inocente y añiñado, no dejaba de encerrar en el sencillo cuadro de un idilio toda una síntesis del amor y de la naturaleza, sucedió otro Milanes insoportable, despenado en todos los abismos de un callejero é incorrecto romanticismo...» «Entonces brotaron de su pluma aquellos increíbles abortos...»

Y, por fin, de Heredia, el de la *Catarata*, Menéndez y Pelayo llega á decir esto: «Mentira parece que de la misma fragua de donde salieron el *Teocalli* y el *Niagara*, saliesen tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la voluminosa colección de Heredia, demasiado voluminosa para su buen nombre. Los versos eróticos, sobre todo, deben desecharse á carga cerrada ó poco menos.»

Ahora vamos á Venezuela. Entre los poetas de este país coloca la *Antología* al ilustre Andrés Bello, al famoso

Baralt, el de los galicismos, y... á D. Antonio Ros de Olano y D. Heriberto García de Quevedo. Ros de Olano es el que inventó las *Doloras manchegus*; era un bravo militar, personaje muy simpático, amigo de Espronceda y escritor en prosa y en verso poco á propósito para servir de modelo á las generaciones futuras. Pero dejemos á éste y á García de Quevedo, y veamos lo que dice Menéndez y Pelayo de Bello y de Baralt.

Con Bello se entusiasma en muchas ocasiones, y no pocos de sus elogios son justísimos; pero llega ocasión en que dice que ciertos versos de este poeta «son dignos de alternar con los distícos de la *Historia de España* del P. Isla.» De los versos de Baralt afirma el crítico peninsular que «no tienen alma, que están contruñidos de una manera exterior y mecánica;» añade que su frialdad es la del gramático que se ejercita en los versos como en un tema de clase... Las poesías de Baralt tienen mérito «como ejercicio de imitación.»—Entendido; vienen á ser una especie de gimnasia... *planchas retóricas*, como si dijéramos.

En cuanto á Puerto Rico, Menéndez y Pelayo se ve en el caso de tener que incluir en la *Antología* todo un canto de *La Sataniada*, libro que nació muerto, según Menéndez. El autor se llamaba Tapia, pero firmaba así: Crisófilo Sardanápalo.

Hace muchos años, por recomendación del Sr. Labra, que en sus relaciones literarias es poco escrupuloso, lei yo la *Sataniada*. Cosa rica. Jamás pude sospechar que en una *Antología* hecha por Menéndez y Pelayo, pudiera entrar ni un pelo de la *Sataniada*. La cual empieza así: (copio de la *Antología*, no de mi ejemplar de la *Sataniada*... que no sé donde lo tengo):

Argumento.—El poeta recibe la visita del augusto Satán, quien se le presenta *comme il faut*. Cariñoso discurso del príncipe y su simpatía para con el poeta, etc.

Del hombre triste la mortal caída,
La de su yugo redención felice,
Canten otros en tónica escogida
Que del arpa las cuerdas divínice;
Yo contaré una historia no sabida
Que de panto y terror el vello erice
Lejos de mí la lira; suene el cuerno,
Pues canto á Satanás, canto el infierno...

Basta de citas. De todo lo dicho y copiado saco la consecuencia de que no debió ser Menéndez y Pelayo el encargado del expurgo á que se debe esta *Antología*. Y también opino, que por bien de todos, debió reducirse á mucho menos el original escogido para formar esta obra.

Cuatro palabras respecto de los *Nuevos Cuentos* de doña Emilia Pardo Bazán. En general, y ya lo he dicho en otra parte, merece esta famosa escritora que se la anime á cultivar este género, en el cual, son muchos menos los escogidos que los que se creen llamados. De algún tiempo á esta parte, y en los cuentos particularmente, noto en el estilo y lenguaje de la Sra. Pardo Bazán más naturalidad que antes, más sencillez, menos *tecnicismos* y *neologismos* y más corrección, fuerza y gracia. Entre estos cuentos que ahora escribe, hay algunos, como *El Niño de San Antonio*, de hermosa y patética invención. Otros varios me han sorprendido agradablemente por su ingeniosa idea y feliz desempeño.

Los defectos que en general se notan se deben en gran parte á las condiciones de publicación á que obedecen generalmente estos opúsculos. Los periódicos populares piden cuentos, y hacen bien; pero hacen mal en dos cosas: primera, en pedirselos á *todo el mundo*. Yo he leído por esos papeles cuentos de generales, de capitanes, de banqueros y hombres de *sport*, y si no recuerdo mal, *La Correspondencia* hasta ha publicado alguno de D. Matías López ó del marqués de Comillas. Segunda cosa en que hacen mal los directores de periódicos: en exigir á los verdaderos *cuentistas* que sus cuentos sean siempre muy cortos, muy cortos. Los de doña Emilia se suelen resentir de esta inconveniencia, de esa tasa antiartística. El cuento muy corto á la fuerza, se amana, toma cierta tirantez geométrica, cierta sequedad en que todo se suele supeditar al *rasgo ingenioso*, á una ocurrencia final. No se da tiempo á la poesía, al carácter, á la *reverie*, á la descripción; la exposición se precipita, se parece á los *datos* de un problema; se va á la *solución* como á la de una charada. El cuento, *siempre así*, fatiga al lector y al autor. Lo que ha sido una buena idea, llegará á convertirse en una plaga.

Pero de todas suertes, á la Sra. Pardo Bazán siempre habrá que contarla entre los pocos, poquísimos, autores de cuentos *realmente literarios* que tenemos.

Con el título de *Impresiones* ha publicado el Sr. Balart un libro que contiene varios artículos de crítica. Como ya

no hay aquí sitio para hablar de esta obra con el detenimiento que merece, no hago más que anunciarla, y dejo su examen para otro día.

Tampoco se puede ya hablar de *Degeneración*, el famoso libro de Max Nordau, que traducido al francés, empieza á hacer estragos por esa crítica de *médico-literatos* á palos, que aquí creen de moda algunos ilusos. Ya un crítico de París había anunciado, al salir *Degeneración* en alemán, que había de ser arsenal en que tomaran armas para zaherir á los literatos *místicos* (?) idealistas, etcétera, etc., los muchos enemigos que tienen.

No sé si una obra que acaba de publicar D. Pompeyo Gener contra el *raquitismo* literario y el *criticonismo* y el *gramaticismo*, etc., etc., coincidirá con los argumentos y las fuentes de Max Nordau; pero yo, por la parte que pueda tocarme en los diagnósticos y récipes de D. Pompeyo (que no tiene el nombre nada raquítico) desde luego anuncio que me daré por contento conque el simpático alópata literario me recomiende que vaya á Escocia, como el personaje de Vital Aza, á tomar el aceite de hígado de bacalao, con tal que no lo diga de esta manera: «Es por esto que Clarín debe ir á Escocia, etc., etc.» Hasta ese punto tengo el raquitismo gramatical, la neurastenia sintáctica en la masa de la sangre y en la médula de los huesos.

CLARÍN.

LA RIMPUESTA

Señor D. Vital Aza, muy estimado señor y amigo mío, aun no llegó á mis manos la carta de Ud.; pero suponiendo lo que en ella me dice, voy á contestarle como si la hubiese recibido; bien que, al proceder de esta manera, pueda yo parecer digno camarada del famoso payo de un sainete famoso.

Usted opina que los encargados de ejercer el magisterio de la crítica teatral en los periódicos diarios, debían prescindir, para bien de todos, de relatar *c* por *b* los argumentos de las obras dramáticas de cuyos estrenos diesen noticia; opino lo mismo; y allá van, en montón, algunas de las razones sobre las cuales se funda mi creencia.

Ante todo, y á guisa de preliminar indispensable, quiero dejar sentado que aun siendo, como efectivamente soy, decidido, más aún, entusiástico defensor de lo moderno; aun creyendo, como efectivamente creo, en la ley del progreso, ley evidente, incluíble y sagrada, pienso que en eso de la crítica iban las cosas antaño mucho mejor que van hogaño;... atrevido pensamiento que en nada se opone á la ley general del adelantamiento, antes por el contrario, es una excepción que la confirma.

Años atrás, el *crítico de teatros* no entraba en funciones de tal, para emitir juicio ó dar opinión acerca de una comedia, nueva al día siguiente del estreno, es decir, pocas horas después de haberla visto y oído por vez primera. Los periódicos mejor servidos, los que procuraban poner á sus lectores al corriente de cuanto sucedía, enviaban lo que ahora llamamos un *reporter* al teatro en que se estrenaba obra; y aquel *reporter*, ó si Ud. lo prefiera más claro, aquel noticiero, se limitaba á dar noticia monda y lironda de lo que había ocurrido durante el estreno.

«El drama gustó, ó no gustó; es de don Fulano de Tal, ó no se sabe el nombre del reo; el público hizo salir al autor y á los actores tantas y cuantas veces, ó no los hizo salir ninguna.» Y aquí paz y después gloria.

Trascurridos bastantes días, cuando el público había aceptado definitivamente el drama ó la comedia, llegaba al crítico la ocasión de analizar el trabajo sometido á su examen; señalaba las bellezas, indicaba los defectos, emitía su parecer acerca de la labor de los comediantes, y para llevar á cabo tan difícil tarea disponía de todo el tiempo que consideraba necesario, y veía la obra, objeto de su análisis, dos ó tres ó más veces, si lo estimaba conveniente, y aun leía el ejemplar si, como casi siempre ocurría, estaba ya impreso.

Y es claro que en tales artículos de crítica, verdaderos trabajos literarios, ni se hacía mención siquiera de las obras dramáticas rechazadas por el público. Al autor de un drama, cuyas representaciones no habían llegado á media docena, no se le afligía con censuras crueles; ni con defensas ofiosas, más crueles todavía.

Ahora se hacen las cosas de muy distinta manera. Desde el teatro, ya en las altas horas de la noche, se traslada el crítico á la redacción. Apremiado por la escasez del tiempo y por la urgencia del trabajo, sin posibilidad de analizar sus impresiones ni de ordenar sus ideas, sin medios de subsanar un olvido ni de rectificar un error, muy de prisa y muy corriendo debe llenar unas cuantas cuartillas, cuyo contenido devorarán, pocas horas después, millares de lectores, y en las que, en algunos minutos, queda tal vez destrozado para siempre lo que para el autor de la obra condenada tan á la ligera, representa muchos días, muchos meses de trabajo constante, y mucha meditación, y grandes sacrificios, y luchas muy empeñadas.

De estos inconvenientes no tiene la culpa el crítico, al cual yo me complazco en suponer adornado de todas las condiciones de ilustración, inteligencia, exquisito gusto, rectitud de juicio ó imparcialidad de criterio indispensables para el desempeño de su misión; si en algún crítico faltasen tales condiciones, dicho se está que los inconvenientes aparecerían multiplicados.

Pues bien; uno de los inconvenientes, acaso el más grave que ofrece eso de las críticas instantáneas, es la imperiosa necesidad de acudir, para llenar bastantes líneas, al recurso de exponer el argumento de la obra estrenada.

¡Oh! ¡Ah! ¡quién me diera en este momento la elocuencia arrebatadora del Emilio Castelar de hace cuarenta años, para persuadir á mis queridísimos amigos, los críticos, tan excesivamente bondadosos (por regla general), á que prescindieran en absoluto y para siempre de esas exposiciones!

Pero como esa elocuencia no ha de dárme la, fuerza será que me resigné á decir á muy estimados compañeros en la prensa, y decírselo en el lenguaje ramplón que uso á diario, porque no tengo otro para gala:

«Contar un argumento es vicio feo de que debes huir ¡oh Timoteo!»

Con la exposición de los argumentos de dramas ó comedias á nadie favorece el crítico, y en cambio, perjudica al autor, al público y á las empresas, y no añado que se perjudica á sí mismo porque esto último por sabido se calla, y harto lo comprenden por experiencia los que tantas veces habrán sudado el quilo para condensar en pocas líneas, y en algunos minutos y al correr de la pluma, lo que el dramaturgo ha diluido en tres ó más actos, y con mucha calma y con mucho tiempo por delante.

Que se perjudica al público es evidente, porque se le priva de uno de los más interesantes atractivos de toda representación teatral: el placer de lo inesperado, el encanto de la sorpresa, la picazón voluptuosa de lo no previsto, ó solamente á medias y como entre celajes vislumbado.

De que las empresas resultan perjudicadas nadie puede dudar, porque ocurre á muchos aficionados que, conocido ya el argumento y el desenlace de una obra, renuncian á verla, dándola por vista sin más desembolso que el de los cinco céntimos que les ha costado el periódico.

El perjuicio del autor es más visible todavía y de mucha mayor entidad, porque, en la mayor parte de los casos, resulta lastimado en sus intereses y en su honra literaria, en su bolsillo y en su fama; y una obra que acaso le habría dado honra y provecho, no le da ni provecho ni honra.

En las obras de arte sucede casi siempre que el asunto, lo que denominamos argumento es lo de menor importancia; lo censurable, lo plausible, es la *hechura*.

«Un caballero que mata á su padre y que se casa con su madre» A esto se reduce el argumento del *Edipo*.

«Una viuda que trae entretenidos á tres enamorados, y al fin con ninguno se casa,» Nada más hay en el asunto de *Marcela*.

«Un vecino de Belchite que llega á Madrid para casarse y renuncia á la boda cuando ve que la novia no le conviene.» Ese es todo el argumento de *El Pelo de la Dehesa*.

Pero el mérito, las bellezas, los primores de esas obras y de otras muchísimas que podrían ser enumeradas ¿está en el argumento?

Referir el argumento de una obra, para juzgarla, para hacer su crítica, á nada conduce.

Si ya no es que el tal argumento es tan desatinado y tan absurdo, que dé ocasión ó pretexto para artículos deliciosos como el que dedicó *Figaro* á la comedia *Todo por mi padre*, y que es modelo de aticismo y dechado de gracia; ó bien como otro que escribí, hace ya muchos años, Federico Balart, y que comienza así:

«Proto se llamaba, Proto Cazorla por más señas.» En el cual se hacía también la disección de un argumento; pero con propósito deliberado de pulverizar la comedia, que era, en efecto, digna de ser pulverizada.

Si tal es el fin que el crítico se propone, aunque no pueda yo celebrar por caritativo el procedimiento, lo admito como un medio de realizar ese fin; en otro caso, vuelvo á decirlo, la exposición del argumento, exposición que, hecha en serio, no es posible en lo humano que salga bien, no hace más que dar una idea muy vaga y muy incompleta de la obra, lo bastante incompleta y bastante vaga para que ni su padre la conozca, y lo suficientemente expresiva para destruir los efectos y quitar interés á escenas que acaso el dramaturgo ha preparado con más empeño.

Ahora mismo, amigo Vital, ahora mismo están representando en Lara una comedia (muy linda por cierto, y para mi gusto la más felizmente acabada de sus ingeniosos autores), se titula *Zaragüeta*, ¿quiere Ud. decirme si Ud. mismo, que, según tengo entendido es muy amigo de los autores, podría explicar, en un artículo de media columna, lo que sucede en aquellos dos actos deliciosísimos, en los cuales, nada falta, ni sobra nada?

Allí hay un muchacho que engaña á sus tíos y enamora á su prima; hay también un prestamista que cobra el capital prestado y los intereses, y además recibe una dacha inesperada de propina. ¿Es este el argumento? Pues ya ve Ud. si hay cosas en la obra y si hay escenas preciosísimas, y situaciones cómicas, y diálogos ingeniosos, y agudezas y oportunidades de que no se puede prescindir; si ha de darse idea de lo que la comedia es y vale.

De los perjuicios que á los críticos mismos ocasiona ese empeño en relatar los argumentos, mucho habría que hablar, amigo Aza, pero hablaremos de ello otro día, si para que hablemos se presenta ocasión... Y, por ahora, bastante hemos hablado.

Suyo siempre.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

MADRID

El Domingo de Pascua de Resurrección marca distintamente la separación del invierno y la primavera madrileños en cuanto se refiere á la vida teatral; en lo climatológico ni en la Pascua ni en día alguno puede saber-

Tipos marroquíes



LA REINA DEL HAREM

se en qué estación del año nos encontramos, y hay lapso de veinticuatro horas en que el hilillo de mercurio sube hasta las temperaturas tórridas para descender a la pequeñez del cero.

Teatralmente estamos en primavera; con ella ha vuelto Novelli al teatro de la Comedia, la Kupffer al del Príncipe Alfonso, Baldelli al Moderno y viene al de la Princesa una *divette* nueva en Madrid; María Montbazón. Esto prueba que la estación templada provoca una erupción extranjera en los escenarios madrileños, y aunque según opinión del vulgo las erupciones son signo de salud, son en este caso más bien síntoma de la anemia de nuestros teatros que de otra cosa.

Porque el balance de la temporada de invierno es verdaderamente desastroso; yo no encuentro que haya sobrevivido una obra verdaderamente digna de ser colocada en los archivos de la fama, si se exceptúa, como es de justicia, el delicioso *Zaragüeta* de Ramos y Aza en el género cómico, y en el género serio, aunque algún grado más abajo que aquél, *El duque de Gandía*, de Dicenta.

Es una temporada triste para el arte esta en que nuestro gran Echegaray, grande siempre a pesar de sus caídas, aparece empeñado en salirse del amplio y hermoso cauce por el que corrió siempre abundante y rica su inspiración dramática, para encerrarla en el tubo de plomo angosto y oscuro. Es temporada triste la que ve a autor tan castizamente español como es Ceferino Palencia, empeñado también en meter sus envidiables dotes en molde extraño, ó extranjero si quiere entenderse mejor.

No hago omisión voluntaria de *La de San Quintín*, y si ahora la nombro, es luego de haberlo pensado mucho; de buena fe, claro está, pero con saña increíble, han perdido muchos poco menos que las cabezas de cuantos hemos tenido la que casi considero como desgracia de habernos gustado la comedia de Galdós, y hasta se ha creado un vocablo nuevo para designar tamaña desventura: *galdosismo*. Todos los que hemos votado por *La de San Quintín* estamos tocados de eso, de *galdosismo*, que debe ser algo como una diátesis que impide ver las cosas con claridad.

Afortunadamente, esta enfermedad debe ser intermitente, en el que suscribe por lo menos, puesto que me vi

libre de ella en *Realidad*, y pudiera ser que no me atacara en la primera que Galdós dé al teatro. Pero entretanto sufro de *galdosismo* agudo que, no obstante, me permite, ¡Dios sea loado! andar firme por ahí, ventaja de que no se goza con todas las enfermedades.

El señor duque de Tamames, nuevo gobernador civil de Madrid, ha ordenado que los teatros se cierren a las doce y media de la madrugada, como prescribe el reglamento de aquéllos.

Es una verdadera fortuna que sea gobernador el señor duque de Tamames, a quien tengo por hombre ilustrado y capaz de convencerse ante una razón seria que voy a exponer inmediatamente.

El señor duque debe pedir la redacción inmediata de un nuevo reglamento de teatros. El actual se hizo cuando aun no habían nacido ni el género chico ni la luz eléctrica, y sus disposiciones todas se caen de vejez. La disposición referente a la hora de terminar el teatro fué una disposición sabia, y sigue siéndolo para el género grande, porque ata la libertad que podían tomarse las empresas de alargar a su antojo los entre actos, obligando al público a permanecer en el teatro más tiempo que el necesario, ó a que se fuera sin ver la función entera y con perjuicio de sus intereses.

Pero viene el género *chico* y la división del espectáculo en cuatro partes precisamente para dar gusto a aquella parte del público que no quiere retirarse tarde. Este sistema permitió que el trasnochador hiciera uso de un derecho indiscutible, permaneciendo en el teatro hasta muy tarde, y que el que gustaba de acostarse temprano se diera este placer honesto, puesto que a nadie se obliga a ver la última parte del espectáculo, que por eso se dividió en cuatro secciones, y no por puro capricho.

Imponer dentro de esta absoluta libertad de elección de hora, la clausura del teatro a las doce y media, es querer hacer costumbres por medio de órdenes gubernativas, cosa imposible en los tiempos actuales. Quédese, pues, este artículo del reglamento de teatros para los de función entera, en los cuales el acto tercero que se ejecuta a las doce tiene, naturalmente, relación con el primero que se hizo a las nueve, pero no se aplique ilógicamente al

espectáculo fraccionado en secciones independientes, inventado por un empresario listo, justamente en favor de esos espectadores que quieren acostarse temprano.

Seguramente el señor duque de Tamames pesará cuidadosamente las razones expuestas, y provocará la necesaria reforma de un reglamento que no responde ya al actual modo de ser del teatro.

El sistema actual sólo lleva a herir intereses muy respetables de empresas, é intereses artísticos, más respetables aún, de los autores dramáticos, con protesta de gran parte del público que prefiere retirarse tarde por voluntad propia, y sin ventaja de la otra parte del público, que estima preferible meterse en casa temprano, y al cual, ni empresa ni autores obligan a salir del teatro a la una de la madrugada pudiendo hacerlo mucho antes y en tres horas distintas, a elección.

Federico URRECHA

Explicación de los grabados de la plana 5.

- 1.—El elegante marqués de Montilla está de orgía con las más lujosas mujeres galantes de la corte de Carlos V.
- 2.—Se presenta el duque de Gandía vestido con el lujo y magnificencia a que la época se presta.
- 3.—Avisada por un anónimo, acude la duquesa, la que se encuentra con su marido, en chispeantes discretos y algo de dúo, sin que él la reconozca, porque ella está con careta.
- 4.—Mas ¡ay! que ella se arranca el antifaz, y se dicen un alubión de injurias más y menos graves al reconocerse.
- 5.—(Acto segundo.) Los más nobles caballeros de la Corte murmurán a coro y comentan la aventura de casa del duque.
- 6.—Sale la duquesa vestida con un soberbio traje de Corte, y el marqués, que también viste rasos y terciopelos, se disculpa como puede de sus inconveniencias y de la *mijita* de borrachera de la noche anterior.
- 7.—En seguida entra la emperatriz seguida de todo lo más lucido de su corte en elegantes damas y apuestos y elegantes caballeros.
- 8.—Como la juerga de la noche anterior parece que trae cola, la emperatriz cuenta sus penas y llora sobre el pecho de fray Juan.
- 9.—El duque mata al conde de Ubeda en desafío, y con este motivo la emperatriz le manda salir desterrado en medio de un brillante concertante.
- 10.—(Acto tercero.)—Vuelve de la guerra el duque de Gandía con severo traje de camino, y como unos caballeros le dicen que la emperatriz está muy enferma, corre a palacio a enterarse de *desdicha tanta*.
- 11.—Dúo en que la emperatriz vestida severamente de terciopelo negro, dice al duque que ha determinado morirse antes de que acabe el acto.
- 12.—Cuadro final de sorprendente efecto: en primer término el obispo de gran pontifical; en el centro el duque vestido de luto oculta su pena en el pecho de fray Juan, y la corte y el clero de toda gala completan el cuadro.

ENSAYO GENERAL (sin trajes).



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



11



12

TRES DÍAS DE MARZO

19.—San José.—El número de los Pepes no es infinito, por fortuna, pero abundan que es una bendición. El respetable esposo de la dulce y pura Madre de Jesús, da su nombre á multitud de españoles y españolas, por más que la mayoría de ellos no se sientan con fuerzas para imitar las heroicas virtudes de su santo patrono.

El cual, y aparte de otras buenas cualidades, que en grado eminente poseyó, es muy simpático á los murguistas y á los confiteros.

La murga es á la música lo que la novela por entregas es á la literatura. Ambas llenan necesidades artísticas de los pobres; y ambas después que alguno ha pagado el gasto, proporcionan gratuito solaz á numerosos consumidores.

El obsequiado con la murga, lo mismo que el suscriptor, son los únicos á pagar músicos y novelistas populares; los demás disfrutan, sin desembolso alguno, de las armonías que pueblan los aires, cuando la noche ha extendido su negro manto y devoran los volúmenes que corren de mano en mano, pasando por las de la solterona menesterosa, el oficial de peluquería, el portero, el retirado modesto, la modistilla romántica y el estudiante haragán.

Las confiterías parecen la víspera de San José museos de proyectos arquitectónicos, en pequeña escala confeccionados. Todos los delirios de la arquitectura fantástica, mezclados con reminiscencias del arte conocido, concurren á formar esas extrañas pagodas, esos churriguerescos temples, donde el azúcar entra como elemento de resistencia y de ornato, y la pintura como recurso decorativo.

Hay masas de bizcocho con almenas de merengue, fortalezas que pronto ceden al asalto con cuchillo en mano; y hay bellos edificios orientales, rematados por ángeles ó bailarinas de alcorza, que fascinan á los niños desde una altura casi inaccesible para ellos.

No es floja la cantidad que en dulce emplea el católico pueblo español el día en que cumple años ó celebran sus días casi todos los Pepes y Pepas extendidos por la haz del país, sin contar lo que se gasta en vinos y licores. Y gracias á la frecuente libación, se ponen hechos unos Pepes muchos que ni siquiera tienen el honor de llamarse así.

20.—Primavera.—Cuando el sol entra en Aries, esta estación se inaugura oficialmente en los almanaques; no obstante, la Primavera figura como fiesta movable, por ser una Pascua de Resurrección de la tierra.

De nada sirve que el año astronómico ajuste las cuentas á la Naturaleza diciéndole el día en que debe empezar á sonreírse, bajo qué signo ha de quemarnos la sangre, cuándo ha de ponerse romántica y cuándo habrá de alertarse. Muchas veces la Naturaleza deja con un palmo de narices á la Astronomía, y no empieza á sonreír hasta fines de Abril ó principios de Mayo; otras nos abrasa al comienzo de Junio ó terminación de Setiembre, maltratándonos la mayor parte de los años con los rigores invernales, sin que esté para caer el día 21 de Diciembre, época en que el Invierno crudo debe tomar posesión de sus destinos.

Por si ahora viene á tiempo, preparemos á la Primavera una decorosa instalación.

Después de quitado el polvo producido por el barro seco, comenzarán el lavado, el bruñido, la pintura y otros procedimientos destinados á herosear el campo.

Hay que retocar el cielo dándole unas cuantas pinceladas de azul intenso é igual, con alguno que otro toque vaporoso, para destruir la monotonía. De lo contrario se enfadaria Zapata, quien dice en *La capilla de Lanusa*:

«Ni qué cielo azul se mira
sin el crespón de una nube»

El verde de los árboles necesita un repaso, así como los arbustos y prados, y hay que adornarlos con esos golpecitos de blanco, lila, rojo, rosa y amarillo, que piden las floraciones en brote.

¡Dichosos los árboles, más felices que muchos hombres, porque éstos no pueden estrenar cada año un traje, y ellos se lo hacen nuevo, echando los botones antes de nada, al revés de nuestros sastres!

A los pájaros cantores se les debe facilitar nuevos cuadernos de música; y materiales para el nido á cuantos habitantes del aire se decidan á crear una familia. A las larvas que ascienden á insectos se les costearán las alas brillantes.

Es indispensable clarificar un poco los arroyuelos, haciéndolos los pedidos á las fábricas nacionales de cristal, y recomendar á las ondas amargas la calma necesaria, á fin de que parezcan lagos.

De las bellezas primaverales no suelen llegar á las ciudades populosas más que reflejos en el color del cielo,

fluidos en la agradable sensación de suave calor infiltrado en las venas, y perfumes arrastrados por tibias auras ligeras. Y como los ciudadanos nos contentamos con poco, en cuanto se refiere á los puros goces que la Naturaleza proporciona, bastan la luz, el calor y las brisas, para que, saliendo del entumecimiento invernal, abramos nuestros pechos á la expansión, y amemos algo, cuando la Tierra ama, gustando en la copa del néctar erótico con que nos brinda las escasas gotas que nuestro paladar consiente.

21.—Eclipse de Luna.—Esta es una novedad de arriba, y ha de llamar la atención en los puntos donde sea visible, á pesar de su anuncio á plazo fijo, porque las maravillas celestes sorprenden siempre.

Ponerse en fila tres enormes bolas, de tal modo, un millón y cuatrocientas mil veces mayor que la Tierra, deje en sombra parte de ésta, y que la sombra cónica proyecta alcance á la Luna, cuarenta y nueve veces menor que su pantalla, ya es cosa que merece llamar la atención de los seres inteligentes; pero anunciarlo, para que sabios y aficionados, *virtuosi* y *dilettanti* de la ciencia, enderecen aparatos más ó menos precisos hacia el lugar de la acción, desde el empingorotado astrónomo que reside en su elevado observatorio hasta el inquieto chiquillo que atisba tras un esquinzazo, eso es ya el colmo de la sorpresa... para quien no ha saludado un tratado elemental de Geografía. Y ocurre preguntar:

¿Nos verán desde allá? En aquellos mares secos (en la Luna hay mares sin agua, como en la Tierra ríos de polvo), en aquellos valles sin aire, en aquellas montañas huecas, enormes superposiciones de colosales rocas, ¿hay seres vivientes, inteligencias que analicen y luego formulen las verdades adquiridas? ¿Estaremos descritos, nombrados, medidos por los lunáticos? ¿Hablarán de nuestros cuernos, como nosotros vemos los suyos en los crecientes y menguantes? ¿Seremos su satélite, ó nos habrán elevado á potencia de primer orden, como las naciones de alto copete elevarán pronto á España, para que tengamos voz y voto en las conferencias y congresos, mayor número de embajadores y más telarañas en las arcas del Tesoro?

Esperemos á que alguna fantasía científica á lo Verne tenga realización con billetes de ida y vuelta para aquella linterna esférica y este planeta.

Entonces podremos los terrenales y los lunáticos cambiar impresiones, y la prensa de ambos mundos publicar curiosas *interviews*. Porque, de seguro, entre los primeros que de acá lleguen allá, figurará un *reporter* original, pagado con esplendidez por rica empresa periodística, que será norteamericana.

¿Cómo van á reírse en la Luna cuando entiendan que en alguno de sus valles hemos supuesto á Diana cazando, mayor y menormente, en compañía de sus castas ninfas! ¿Cuánto van á renegar cuando sepan que los poetas terrenales se destetan con odas á la Luna, *el astro misterioso de la noche*.

¿Les gustará la *Casta Diva*? Es de esperar que no puedan formarse idea de su hermosura. Si no hay atmósfera en la Luna, no hay aire; si no hay aire no hay vibraciones sonoras, y sin éstas no hay música.

De donde puede deducirse que los lunáticos no tienen oído, y sin oídos ¿para qué sirven las orejas? Tampoco deben tenerlas, presumo yo.

Si llegan á saberlo con tiempo los druidas, nos quedamos sin *Norma*, la obra maestra del inmortal Bellini, lo más elevado de pensamiento y de estilo entre lo suyo. Más vale, pues, que ignoren lo antedicho aquellos amabilísimos sacerdotes.

F. MOJA Y BOLIVAR

ROBESPIERRE

Duros para los militares eran los tiempos que corrían. Como que además de tener que andar á tiros cada semana en las poblaciones, pasábanse los otros días del año recorriendo carreteras y trochas en persecución de las partidas que por D. Carlos ó por la República se daban á propinar disgustos al gobierno, amén de recoger cuanto á su alcance caía en dinero ó en especie.

Mi batallón fué de los que más sufrieron por entonces las consecuencias de ese trajín. Pero jóvenes casi todos los oficiales, y la tropa más veterana que la de hoy, sobrellevábamos alegremente aquella vida, sin perjuicio de maldecir de vez en cuando á los que así traían revuelta á España.

Mi mayor amigo entre todos los compañeros era Ramón Barrenechea, teniente de la segunda, y por otro nombre *Robespierre*. Si; *Robespierre*; apodo que le pega á un militar como á un Santo Cristo... el propio mote.—¿Por qué se lo habíamos puesto en la academia, que de allí procedía?

Pues, no porque en su figura se pareciese el joven al gran revolucionario francés, sino por otro parecido: el de las ideas.—El de las ideas, aunque extrañe á muchos esta aserción, tratándose de un militar.

Corta estatura; pelo rubio, casi albino; barba naciente, clarucha y no muy bien puesta; ojos azules, con marcada miopía, y aspecto, si no enfermizo, por lo menos débil y delicado, he aquí la fotografía *externa* del teniente. La *interna*, según se podía sacar por sus palabras, era la antítesis de semejante figura. El espíritu más revolucionario, no de España, sino del universo, encerrábase en aquel cuerpecillo; pero revolucionario en todo: en política, en religión, en sociología, en moral... hasta en la ciencia.

A pesar de las perturbaciones de aquellos días, no pasaban entonces los demagogos más exaltados del programa, tan extravagante como descosido, de la *Commune*. Pues las teorías de los apóstoles de tal locura, de los Dellercluse y los Vallés, y de los Dombrowsky y demás archigaloneados generales de la Guardia Nacional, parecían sueños idílicos junto á las que con su media voz, dulce y persuasiva, nos predicaba sin alterarse el seráfico Barrenechea. No se hablaba entonces de anarquismo y anarquistas, á pesar de estar germinando ya las simientes de esta moda; pero seguro es que en mi amigo se encerraba un decidido precursor de ella.

Así y todo, pasaba por un buen oficial; muy morigerado de costumbres y cumplidor exactísimo de sus deberes militares. Todas aquellas lucubraciones suyas no trascendían á sus actos. Entonces á nadie causaba extrañeza que los militares se apasionaran por las controversias políticas. Las agitaciones de la calle llegaban al cuartel, penetrando á veces en los cuartos de banderas los vientos del *meeting* y del club.

No para hallar en ellos acogida simpática, sino antes bien, despertando sentimientos de protesta, que después de realizar la revolución de Setiembre, vino á surgir en el mismo ejército un malestar indefinible, presunción sin duda de los peligros que para días muy próximos le amenazaban.

Por eso las ideas de Barrenechea tenían la virtud de levantar verdaderas tempestades; todos, incluso yo, su mayor amigo, cerrábamos contra él. Gracias á que con el fondo le queríamos mucho, por su bondad, y hasta por el talento que Dios le diera, no poco, y que nos subyugaba. Lo que concluimos por hacer al fin y al cabo fué tomar á risa sus palabras; calificándolo de «chiquillo», de «criatura», de «doco», de «chiflado», y por último, de *Robespierre*, y temiendo siempre que todo aquello concluyera por proporcionarle algún gravísimo disgusto.

Nuestro primer jefe, sin embargo, á quien alguien hubo de llamarle la atención sobre las exageraciones revolucionarias de Ramón, no parecía poner gran cuidado en ellas, ni menos sentirse propicio á tomar con él medida alguna. Cuando le hablaban de esto solía sonreírse, y con un—¡bah! ¡cosas de muchachos!—ponía término á la conversación. Y es que el teniente coronel Gómez y Moro, con su apariencia de hombre cándido é insignificante, tenía más *pesquis* que todos cuantos le rodeábamos.

Y si no, véase:

.....
.....
.....

Pasaron algunos meses, fué proclamada la República el 11 de Febrero de 1873, y hubieron de sobrevenir después aquellos tristes días en que por causas y razones que no son de este lugar, se alojaron de tal manera en el ejército los resortes de la disciplina, que ésta saltó hecha pedazos en algunas partes.

Nuestro batallón tuvo desgraciadamente que pasar por tan terribles trances. No diré lo que sucedió, ni cómo, ni de qué manera; refiriéndome tan solo á lo que concierne al teniente Barrenechea, el cual se hallaba destacado con su compañía en cierto lugar de Cataluña.

Mi amigo había acogido con todos los entusiasmos de su alma la proclamación de la nueva forma de gobierno. Parecía que iba á surgir, al mágico nombre de República, una nueva España, libre, grande, feliz, limpia de máculas, con un pueblo ilustradísimo abajo y unos *Platones* arriba—comienzo todo del fin que en el camino del humano progreso concebía en sus delirios de visionario.

Al estallar los primeros síntomas de indisciplina, todos pensamos en él, y desde luego tuvimos por valor descontado que su compañía estaba en disposición de ser la más propicia á dejarse arrastrar por la corriente, tanto más cuanto que su capitán había sido baja, quedando al frente de ella el loco de *Robespierre*.

No obstante, pasaban los días, y preocupados todos con lo de nuestro alrededor, nos olvidamos de la *segunda*, ya que no nos llegaban noticias suyas. Entretanto, á las tristes manifestaciones de desquiciamiento militar, á nuestra separación obligada de las filas, al desconcierto y barullo de aquellas horas, que por fortuna duraron poco, venían á sustituir los procedimientos de rigor ini-

ciados desde el gobierno con éxito feliz, gracias á la energía del férreo Turón y de otros generales.

Entonces supimos de la compañía destacada, y por el siguiente oficio del alférez de ella, dirigido al teniente coronel, y que no llegó antes por tener los carlistas interceptadas todas nuestras comunicaciones.

«Tengo el sentimiento de participar á V. S. (poseía grado de coronel nuestro primer jefe) que á las siete de la mañana de hoy, al formar la compañía para la revista de policía y entrega de los socorros á los individuos, algunos de éstos, con voces descompuestas y términos irrespetuosos, reclamaron que se les entregase la peseta de *sobre haber* que tienen concedida, lo cual no se ha hecho aún por no existir fondos más que para el abono del haber diario. Enterado el teniente, comandante accidental de ella, D. Ramón Barrenechea López, se presentó en el patio del convento de Capuchinos, que sirve de cuartel provisional, en unión del que suscribe, é increpando á la tropa y castigándola, logró hacerla formar en silencio y actitud obediente, pero sin poder evitar que el sargento segundo, Indalecio Rubial, al parecer cabeza del motín, saliendo de filas, tratase de excitar á los soldados á la desobediencia, por lo que el jefe Barrenechea se vió obligado á disparar contra él su revólver produciéndole la muerte. Esto dió lugar á alguna confusión, en la que tanto el teniente comandante como el que se dirige á V. S., nos vimos en la precisión de hacer uso de las armas, hiriendo á dos soldados más, y resultando herido de gravedad á su vez dicho teniente, quien á pesar de esto consiguió dominar por completo la indisciplina, logrando que la misma tropa detuviese á los instigadores de la sedición, que además del sargento Rubial y de los soldados heridos Pedro Gutiérrez Más y Juan Ripoll Soler, resultan ser los que al margen se relacionan, todos los cuales se hallan presos en la cárcel pública, por no haber calabozo en el cuartel. El señor comandante militar de esta plaza, que se presentó poco después, dispuso que el teniente D. Ramón Barrenechea se retirase á ponerse en cura de la herida que, según dictamen facultativo, es de mucho peligro por interesar el pulmón derecho, y que el alférez que suscribe se hiciese cargo del mando de la compañía, en la que no ha ocurrido más novedad, continuando toda la fuerza en el estado más completo de disciplina y subordinación. Dios etc.»

Nuestro asombro, nuestra estupefacción fueron grandísimos ante el hecho que con laconismo militar se relatava. ¿Cómo? ¿El revolucionario, el demagogo, Robespierre, en vez de simpatizar con la indisciplina lograba contenerla á costa de su sangre?... Eso no podía ser...

Acudimos algunos á verle. Estaba gravísimo; lo sacramentaron; pero curó, después de hallarse á dos dedos de la muerte. Y cuando entonces le hicimos ver la contradicción entre sus ideas y sus actos, hubo de respondernos así:

—No hay tal contradicción. Yo no la veo. Todas esas ideas mías que vosotros no comprendéis tienen una base sin la que no podrán nunca verse convertidas en realidad: la disciplina, la disciplina social, la estricta observancia del deber, el sacrificio de la vida por ese culto. Si, yo quiero una sociedad sujeta no por hierros sino por ténues hilos de amor, donde no haya penas por falta de culpables. ¿Cómo, pues, voy á tolerar la indisciplina de mis soldados? Pero, lo dicho; no me comprendéis; nadie puede comprenderme... hoy.

Juan LAPOULIDE

Alrededor del mundo

SUMARIO

Por qué crece la cabeza.—Lo que ocupa el saber.—Sistema para medir mecánicamente lo que aprenden los niños.—Los sombreros de Gladstone.—El príncipe Windischgraetz, jefe del gobierno, austriaco, prisionero.—Cómo ha escapado.—Se vende un reino.—¿Quién quiere ser rey?—El sastre Dowe.—Bastones para teatro.

La cabeza crece en relación á lo que se estudia, y en una de las últimas sesiones de la Sociedad de Biología, de Francia, el célebre doctor Lhuys ha presentado un aparato de su invención destinado á medir los cráneos de los niños para saber lo que estudian.

Según la teoría alegada por el doctor Lhuys, los lóbulos del cerebro sufren un aumento de volumen y de peso en relación con los conocimientos acumulados; basta, por lo tanto, medir periódicamente á los niños el cráneo para

averiguar la cantidad de saber que han acumulado desde la última mensuración; y el valor de los métodos empleados para educarles.

Con el aparato del doctor van á ser imposibles los maestros del género del que aparece en *El chiquitín de la casa*; el papá que quiere saber si su hijo no pierde el tiempo en vez de ir á la Universidad, no tendrá más que medirle el cráneo todos los meses; y andando el tiempo se llegará á contratar con los profesores el pago de tantos duros por milímetros que gane en dimensiones cráneas el discípulo, en vez de los honorarios mensuales hoy al uso.

Que la cabeza continúa creciendo buena parte de la vida, principalmente á las personas que estudian mucho, parece cosa puesta fuera de duda. Rara vez deja de venirle á uno estrecho un sombrero antiguo que haya permanecido olvidado en su caja algunos años. A propósito de esto, se cuenta que Gladstone, que es quizá el hombre más estudioso de Europa, tiene la persuasión de que la cabeza le sigue creciendo todavía, á pesar de su avanzada edad; para probarlo tiene guardada en un armario toda una colección de sombreros viejos suyos que podría dar ciento y raya á la inimitable del pobre Mariano Fernández; y con efecto, los sombreros que le venían bien hace quince ó veinte años, no le entran ahora en la cabeza sino con grandísima dificultad, y los de años anteriores le vienen tan ridículamente pequeños que parecen haber pertenecido á otra persona.

¡Luego dicen que el saber no ocupa lugar!



El príncipe de Windischgraetz, Presidente del Consejo de Ministros de Austria-Hungría, ha sido víctima de una aventura que hace reír á estas horas á toda Viena.

Después de presidir una comisión en el Senado, quedó solo con dos empleados en la sala donde se había celebrado la reunión, y se puso á terminar el dictamen debatido, que era muy importante. Los porteros, creyendo que se había ido todo el mundo, echaron la llave á la puerta, apagaron todas las luces de los pasillos y de la escalera y se marcharon, quedando el Senado no más que con la escasísima guardia de noche.

Cuando el Presidente del Consejo quiso salir, se encontró prisionero; aporreó la puerta, tocó los timbres y nadie dió señales de vida; la perspectiva de pasar la noche encerrado y sin comer, no seducía al príncipe. Por fortuna, las ventanas de la sala daban á la calle; el primer ministro abrió una, vió que distaba unos cuatro metros del suelo, y saltó por ella, escapando por los métodos que emplean los criminales y los enamorados.

Se guardó bien de referir á nadie lo que le había ocurrido; pero la ventana dejada abierta motivó no poca alarma, y fué causa de una investigación que el príncipe ha debido juzgar indiscreta en sumo grado, aunque no tan indiscreta como el suelto en que la *Neue Freie Presse* cuenta, en términos regocijados, la aventura, aunque velando el nombre del altísimo personaje.



El ambicioso que quiera ser rey, puede lograr su ensueño á poca costa.

Hay de venta todo un reino.

Tiene siete leguas cuadradas de extensión, se llama Matupia, y pertenece geográficamente al archipiélago de Bismarek. Su último soberano indígena lo vendió á un alemán llamado Jorge Weisser, director de la Compañía de Nueva Guinea, hombre modesto, que no usó de su título de rey, pero que tampoco hizo renuncia de él. Weisser ha muerto de los disgustos que le han dado los canacas y los samoanos atacando sin cesar su reino; sus herederos son los que ponen el reino á la venta.

Conviene advertir que no se trata de ninguna isla desierta ó poco menos. La capital, Matupia, cuenta unos mil habitantes, de los cuales muchos son europeos.



Dowe, aquel sastre berlinés, inventor de un paño coraza á prueba de balas que tanto dió que hablar hace cosa de año y medio, empezará en breve á recorrer los círculos de Europa.

Le han contratado dos tiradores célebres para que les sirva de blanco, y el inventor tiene tanta fe en su paño coraza, que no se pondrá otra defensa contra las balas é invitará á los tiradores á que disparen contra él.

No puede negarse originalidad á esta manera de hacer propaganda.



Otra moda nueva:

Es el bastón exclusivamente para teatro. Se está ya usando en París, tiene el puño de cristal de roca blanco ó ahumado, ó de topacio de gran tamaño, ó de concha; el

palo es un junquillo ó de madera fina de Indias y en la parte alta lleva una sortija ó una serpiente de oro.

La moda, como se vé, es costosa; no sólo por el precio del bastón sino porque rara vez escapa el puño incólume de una caída.

WANDERER

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El sultán Osman hizo virey de Chipre á un jardinero suyo porque le cayó en gracia la manera ingeniosa con que le vió plantar una col. El rey Enrique VIII de Inglaterra hizo noble á su cocinero por lo bien que había asado un cochinillo; pero también los pueblos ofrecen ejemplos de recompensas parecidas. Los atenienses erigieron una estatua á Aristóteles por lo bien que sabía jugar á la pelota.

La lapidación era el suplicio que los hebreos aplicaban á los condenados á muerte. Eran muy numerosos los crímenes que incurrian en la última pena, y según la naturaleza del delito, la lapidación se ejecutaba de dos modos. Por los casos de mucha gravedad el delincuente era conducido á un cerro escarpado y precipitado desde allí por uno de los testigos que habían declarado contra él, en tanto que otro testigo echaba á rodar detrás un enorme pedrusco. Si el reo no resultaba aplastado se le remataba á pedradas. Por delitos menos graves, el sentenciado era conducido fuera de la población precedido de una bandera. Si durante el trayecto se presentaba alguno ofreciendo justificar al culpable, se suspendía la ejecución y el reo volvía á la cárcel hasta que se oyese al fiador. Si no se presentaba nadie, la sentencia se cumplía tirando las primeras piedras los testigos de cargo.

A pesar de estas formalidades, no dejaba de haber casos en que por delitos flagrantes la lapidación se ejecutaba en el acto.

El *curare*, con que los indios de la América meridional emponzoñaban sus armas, es un veneno de propiedad muy singular. Comido es inofensivo, pero puesto en contacto con la sangre por herida ó por inyección, mata casi instantáneamente sin sufrimientos. Algunos suponen que es un extracto acuoso de una especie de yedra; otros dicen que es el veneno recogido de las vesículas de ciertas culebras, y no falta quien supone que es las dos cosas á la vez, es decir, jugo de una planta venenosa con gotas de la ponzoña de serpientes. Se han hecho experimentos dándole á perros en cuyo estómago no ha producido efecto alguno; pero extraído de nuevo, se ha encontrado sin alteración y útil para envenenar por picadura.

Según la última estadística publicada hay en España 386.714 contribuyentes por industrial, siendo los más numerosos los de la provincia de Barcelona, donde se cuentan 33.647. Sigue Madrid con 31.340 y luego Valencia con 18.904. La provincia donde menos contribuyentes hay es la de Canarias donde sólo hay 2.648. Pero atendiendo á la importancia del producto, ocupa el primer lugar Madrid con 12.457.962 ptas., y después Barcelona con 7.282.801. En la de Soria sólo se pagan 120.774 pesetas.

Entre los diferentes arbitrios inventados en España para procurar ingresos, figuró por Real Cédula de 10 de Noviembre de 1799, una contribución sobre criados.

Se hizo una escala progresiva de la cual resultaba que por un criado había que pagar 40 reales anuales, 100 por dos, 190 por 3, 225 por 4, y así gradualmente hasta que por tener 20 criados el devengo era de 3.643 reales. Por las criadas se pagaba algo menos.

Como era de suponer, esta contribución duró poco; pero se reprodujo en 1813, elevando las costas hasta el punto de llegar á 5.100 reales por 10 criados.

Es indudable que sería este tributo muy productivo, si fuera posible mantenerlo; pero se estrelló ante las dificultades y ante la oposición de las familias ricas.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garetá.

LO QUE DIRÁN



Aquí, señores, no hay quien residencie á eze gobierno mas que Júpiter y yo... ¡No! Yo y Júpiter.



Yo, señores, estoy al lado del gobierno... (No dice para qué).



Y en cuanto á que yo vuelva á mi antigua casa, debo declarar que no será... No quiere el casero.



Crucémonos de brazos, señores, ante los acontecimientos, y esperemos á ver si pasa algo... (que ya tarda en pasar ¡cana... lejas!)

LO QUE CONTESTARÁN... SI PUEDEN



Con noventa y cinco kilos de peso y noventa y cinco quintales de paciencia se llega á todo, hasta á ser ministro.



.....
(Extracto del discurso de este elocuente ministro).



¿Que no me he ido á mi casa? ¿que no sufí á Melilla? Bueno, pues ahora declaro que... no voy á ninguna parte. Y que rabien.



El asunto de los ferrocarriles está á estudio del negociado. Porque como se trata de un negocio que importa mucho... Digo yo.



—Para esa senaduría vitalucia... vitulacia, digo, Vital Aza... bueno, como se diga, tengo un candidatu.

—¿?

—Migu mismu, Manolu Biceria con toda su historia, etc.



Ya lo han dicho mis apologistas. Me hacen el empréstito por mi cara bonita. Y si no, véase la clase.



Los moros... yo, Moret... el otro, Mora... ¡oh témpora, ó mores!



¿Que se ha descubierto una irregularidad en Cuba? ¡Y á mí qué! ¿Que se me revuelven los chicos? ¡Y á mí qué! ¿Que pasa esto, lo otro ó lo de más allá? ¡Y á mí qué! (El maestro de ¡Eh, á la plaza!)